



## EL HOMBRE QUE VOLÓ

Tan extraordinario sucedido se anunció á cañonazos.

La torre de las balas

### I

—Papá, papá: ¿qué significan aquellas balas en la torre de esta iglesia?

—Ellas conmemoran, querido hijo, uno de los hechos más gloriosos de nuestros antepasados; recuerdo de nuestro primer día de gloria.

—Cuéntame eso, explicámelo, que algo he oído entre los alumnos del cuarto grado, cómo unos ingleses que pretendieron tomarse esta ciudad, de la que los sacaron zapateando, diéronse más tarde á inventar empréstitos para embaucarnos mejor y hacernos luego súbditos ó dependientes.

—Con mayor gusto te haré el cuento de *la torre de las balas*, en día que es aniversario glorioso para los hijos de esta tierra, pues noventa años cumplen que el pueblo alcanzó en las calles de Buenos Aires una gran victoria. Fué hacia su conclusión cuando, en la tarde del 5 de julio de 1807, D. José Antonio Leiva, subteniente de caballería, voló desde esa torre del convento de Santo Domingo.

—¡Cómo! ¿Voló con caballo y todo?

—No. Sus alas de seda las bordaron rubias hijas de Albión, y desplegadas en la América del Norte, en Malta, en el Indostán, en San Juan de Acre, en el Cabo de Buena Esperanza, es decir, desplegadas sobre toda la tierra, cayeron aquí vencidas, y emprendió el vuelo el pobre húsar, sin duda más rápido de lo que él deseara. Aunque extraordinario el sucedido, fué en época de *extraordinariedades*, siendo sólo una más de las que hicieron época. En aquellos tiempos, cuando los argentinos volaban en alas

del patriotismo, cuando contra este reducido vecindario se estrellaban impotentes uno y otro ejército de línea, cuando había más aquilatado patriotismo.

Después..... después, cuanto uno más vive, más cosas ve y, sobre todo, más iniquidades oye.

Con pesadumbre llegamos á oír: «¡Fué un error aquello de la expulsión de los ingleses!

»La revolución de la independéncia, otro anacronismo.

»El pueblo era todavía niño, no estaba preparado para gobernarse. Doble error oponerse á la conquista. Seríamos más felices, sin duda. Sólo habríamos cambiado de idioma. Lutero y Calvino serían hoy los santos de nuestra devoción; aunque á pueblo tan variable nunca le ha durado mucho su devoción.

»Pero el país hubiera progresado más rápidamente que las colonias de Australia, y sobre todo, en vez de los desvalorizados billetes que ensucian, brillantes esterlinas sonarían en nuestro bolsillo.»

¡Pobres abuelos! Ni valía la pena que anduvieran á capazos por legarnos una patria. Indudablemente muy viejos estarían ya los pobrecitos. Pensaban á la antigua, á la buena de Dios que es grande; dormían largas siestas y en ellas entrevieron sin duda algún dulce ensueño de patria que no tenían.

Pero sigamos con el cuento de cómo, cuándo y dónde voló, sin previo anuncio, este improvisado aeronauta, nada entendido en achaques de aerostación.

### II

La verdad era que después de muchas horas de nutrido fuego incesante, desde el romper del alba, los petos colorados invadían, avanzaban y desparramábanse por todas partes, como innumerables hormigas del mismo color.

Al Norte, en el reducto de la plaza de toros, el capitán de navío Gutiérrez de la Concha había sido ya rendido con todos sus cañones.

Apenas el capitán de Gallegos, D. Jacobo Adrián Varela, salvó de esa chamusquina á sesenta de sus bravos, con quienes supo abrirse paso, atravesando la ciudad, para ir á reforzar á los asaltantes de Santo Domingo y desalojar de allí á los invasores. Al Oeste, posesionados de las alturas de la Piedad, los ingleses avanzaron hasta San Miguel.

Al Sur, desde San Telmo hasta Santo Domingo, muertos y heridos coloreaban los mismos á lo largo de esa calle.

Al pie de esta torre se concentró el último episodio de la defensa, y la roja bandera inglesa flameaba en sus alturas, como roja mancha de sangre sobre el fondo de un nublado cielo opaco.

Aunque el triunfo definitivo parecía inminente para los invasores, ni una palabra desanimó.

Si las milicias se hallaban quebrantadas, el pueblo no estaba desalentado. Nadie hablaba de rendición.

Muertos Lasala, Balbín de Unquera, etc.; prisioneros Romarate, Michelena y demás oficiales de marina; derrotado Elío, vagando desconcertado Liniers, conmovida la línea y el pequeño círculo defensivo, el pueblo irguióse sobre sí, y á su postrer esfuerzo supremo se pronunció la victoria.

El primer obstáculo en que escollaron los veteranos de Albión fué el cuerpo de *Patricios*. Desde las ventanas de Temporalidades, de las bóvedas y calabozos de Oruro, hábilmente dirigidos sus fuegos por el comandante Saavedra, Viamonte, Díaz Vélez y otros inexpertos, pero entusiasmados oficiales, rechazaron á los soldados de Cádogan y Pack. Huyendo éstos desde la *Ranchería*, subieron á fortificarse en la casa de la Virreina Vieja, por cuyos caños llegó á correr sangre.....

Mientras que Rodríguez y Puyredón dirigían soldados en guerrillas por diversos extremos, las vecinas de la calle Cuyo, desde sus azoteas, achicharraban con agua hirviendo á los fugitivos que pasaban á su alcance, arrojándoles bombas de mano.

Los *compadritos* del *alto* por un lado, y los abastecedores y carretilleros en las afueras, daban cuenta de dispersos y extraviados, á la vez que dragones y blandengues, húsares y arribeños y los tercios de cántabros, vizcaínos, gallegos y catalanes, andaluces, montañeses y migueletes.

Si entre los venidos expresamente á la defensa se distinguieron, siendo oficiales subalternos, caudillos después de tanta fama cual Güemes, Bustos y López, entre los españoles el coronel Velazco, recién llegado del Paraguay, el capitán de Galicia D. Bernardo Pampillo, el de montañeses D. Miguel Fernández Agüero, no fueron los únicos que animaban con su ejemplo en la lucha, como Aguirre, Ibáñez, Garallo, Balbastro, Correa y Castex, que merecieron ascenso. Alzaga, el alma de la resistencia en la noche triste, acompañado por Azcuénaga, Villanueva, Capdevila y otros acaudalados vecinos, retemplando el valor que nunca desfalleció, robustecían la defensa abriendo trincheras en las ocho calles que desembocan en la plaza principal; acantonando las tropas bisoñas en las más convenientes alturas y convirtiendo cada casa en un castillo, por cuyos fuegos llamó el jefe invasor «estrechas sendas de la muerte» las calles en que desfilaron atropelladamente sus soldados aterrados.

## III

Hombres y mujeres, niños y ancianos, naturales y extranjeros, y hasta los muchachos tirando piedras y extraviando á los asaltantes con falsas señas, coadyuvaron con eficacia á que la victoria, indecisa á las doce, se decidiese á las tres de la tarde.

El general Withelocke, pidiendo una tregua que se le negó, vacilaba en aceptar la rendición exigida, pues aún oíanse las descargas de sus soldados desde las torres de Santo Domingo, dominando sus alrededores.

Entonces fué cuando se concentraron todos los fuegos sobre este punto.

Los capitanes Rivera y Ramos y D. José Fornaguera dirigieron los cañones del bastión Sur en el fuerte, para echar abajo la torre, al tiempo que desde la huerta de Telechea batía una pieza de á cuatro su frente, y otra pequeña, en la calle Belgrano, su costado Oeste.

Los montañeses del coronel D. Pedro Andrés García, desparramados en los más altos tejados alrededor del convento, daban caza á cuantos asomaban sobre las bóvedas.

En un momento, los fuegos cruzados de artillería bordaron la base de la torre con más de sesenta balas de diverso calibre.

De tal modo llegó á ser conmovida, que por tres veces vaciló, apresurándose el invasor á levantar en ella bandera de parlamento.

.....  
—Quedo enterado del hecho glorioso que se conmemora en este día. ¿Pero, en tan largo paréntesis, el hombre del cuento habrá volado?—interrumpió el niño al padre, que así le hablaba el otro día desde el pretil de Santo Domingo.

—Todavía no, aunque volando en su *matungo* venía en tal hora como ésta por la calle hoy de la *Defensa*, sin duda á entrar á galope en el convento, desde que D. Ladislao Martínez, también teniente de húsares, á quien por sus pocos años y mucho valor llamó después el jefe inglés *petit Bonaparte*, le anunciara que la columna de Craufurd acababa de rendirse allí.

—El traidor Pack venía en ella, según los prisioneros, y si no se lo ha llevado el diablo, á la cincha me lo llevo—dijo Leiva; y salió á escape, rayando su rosillo sobre el umbral de la portería.

Entró atropellando á todos, como buen conocedor de rincones y escondrijos de los claustros, «no en balde era sobrino de su tío, el prior del mismo nombre.»

—¿Dónde está el traidor?—penetró gritando, en momentos que salía el fraile Grela, hombruno de vozarrón de trueno, con buenas palabras y malos modos, empujando afuera, entre cariñoso y malhumorado, las turbas y soldados que en un momento invadieran huertas y capillas.

El joven Leiva llegó hasta la celda de su tío, y abrazando con entusiasmo al prior preguntó:

—¿Dónde está el traidor?

Entre sonriente y sorprendido, contestó éste, tratando de tranquilizarle:

—¡Vaya, hijo, aquí no hay ningún traidor!

Y como insistiera en la rebusca, alzando la colcha, hurgoneando los rincones, dirigiéndole á la puerta; le dijo:

—Mira; ya que has salido con bien de ésta, anda, tráeme la sábana de esta cama que los ingleses pusieron en señal de parlamento sobre la torre; quita de allí las banderas inglesas que sacaron de donde estaban, y al volverlas á su lugar da gracias á la Virgen del Rosario, que por segunda vez nos dispensa la victoria.

—A eso voy, con la bendición de Dios y de su paternidad. Pero si en el camino tropiezo con el inglesito Pack, de que es rubio se va á olvidar, pues por dos veces nos ha traicionado. A la cincha me lo llevo, que promesa de esto hice, no á la Virgen del Rosario, sino á su muy devoto nuestro general Liniers.

Y entre frailes y soldados, atropellando la multitud que entraba y salía, subió saltando de á dos y tres los tramos de la escalera.

En sus vueltas y descansos encontró, como en todos los rincones, muertos, heridos ó expirantes, salpicados de sangre umbrales y paredes, y escapándose ayes y quejidos por rendijas de puertas y ventanas. Signos imborrables de lucha, que cual ráfaga de sangre acababa de pasar, dejando estampadas sus huellas por todas partes.

En el escaño que se hallaba al pie de la columna, que bajo rejillas y cristales guarda la lámina de plata en memoria del general D. Antonio Balcarce, se descubren todavía manchas de sangre. De este nicho han sido robadas por mano sacrilega las medallas de oro y plata de tan distinguido militar, destinado á firmar cuatro años después en Simpacha el pacto de la primera victoria de los argentinos. Sobre él cuelga abatida la bandera inglesa que presentó á Liniers, restaurada por las hábiles manos de las piadosas señoras Dosal, Urivelarrea y Benguria.

Se ven desde la entrada hasta el altar mayor agujeros de balas de fusilería, pues hasta dentro del templo se hicieron descargas. En el marco de la portería del convento hay incrustada una bala. Santo Domingo

muestra el agujero de otra sobre el corazón, en el gran cuadro de todos los santos de la Orden, actualmente en la sacristía. A Santa Rosa de Lima implorando misericordia por los hijos de la América, tapó la boca otra bala de onza, ó más propiamente, se la abrió en mayor buraco.

## IV

Desde las primeras horas de la mañana, asaltado el convento por la columna de Craufurd, la principal preocupación del teniente coronel Pack, á ella agregado, fué recuperar las banderas del regimiento número 71, colgadas, desde el año anterior, de las pechinas en el cimborrio de su media naranja.

Trepando por el altar mayor hasta la ancha cornisa, un granadero, sin duda embriagado, más que por el entusiasmo de la lucha, por el *gin* que á ella le animara, sin lograr sacar las banderas del sitio donde estaban, cayó, rompiéndose la crisma sobre el respaldo del macizo escaño cerca del púlpito.

Luego otro marinero de más fuerte cabeza contra vértigos y mareos consiguió desencajar dos, desplegándolas en la torre.

Si dos meses no alcanzaron á flamear sobre nuestro suelo el año anterior, seis horas no se mantuvieron en alto en la segunda invasión. Fué el mismo guardabanderas encargado por Craufurd de izar otra blanca pidiendo parlamento.

Por esto, entrando en la celda del guardián, sobre cuya mesa anotaba su jefe el croquis de la ciudad, tomó la sábana á mano, improvisando con ella bandera de parlamento. . . . .

A la torre y bajo el arco de las campanas llegó Leiva con intención de enarbolar la española donde la inglesa había sido abatida, cuando forcejeando para arrancar ésta, y en su mano ya una y otra, un resbalón le hizo desmoronar la alta cornisa, húmeda por la lluvia y requebrada por los cañonazos. Entonces fué cuando, debido á un trapiés, emprendió el subteniente Leiva el vuelo.....

—¿Para los cielos?

—¡No!

—¿Para la eternidad?

—Tampoco. Para el mundo de los sordos, que como tapia quedó por toda la siega, de tan *morrocotudo* porrazo.

Y he aquí dónde, cómo y cuándo *el hombre voló*, y por suerte tuvo no romperse el alma, ni siquiera una pierna.

Tan extraordinario sucedido, que á milagro atribuyeron no sólo beatas de sacristía, queda así sencilla y naturalmente explicado.

Cruzándose bajo el pecho del que caía los palos de las banderas, al flotar éstas, sirvieron de verdaderas alas á su espalda, ó paracaídas, amortiguando el rápido descenso sobre el pretil de tierra, en que numerosas pisadas durante la lluvia habían convertido en verdadero matete, como blando colchón de barro, todos sus alrededores.

Jocosa coincidencia fué, sin duda, que al divisar el almirante Murray su pabellón desplegado en todas las torres, y cesado el fuego, creyó definitivo el triunfo, saludándole con salva real desde balizas.

Cuando el último cañonazo retumbaba, caía la bandera inglesa para no levantarse victoriosa más en esta tierra.

Momentos después, envuelto en la misma ancha sábana que había servido de bandera salvadora á los ingleses, era conducido Leiva á la celda del prior.

Echando sangre por oídos, boca y narices, fué depositado sobre el propio lecho de su tío, y aunque todos le dieran por muerto, vivo, muy vivo y caminando por sus dos pies, se presentó todavía medio siglo más tarde, el 25 de mayo de 1859, á recibir el merecido premio, aunque algo tardío, que la municipalidad de este vecindario le acordara por su valor y heroísmo.

Cuando el herido aún no había vuelto en sí, y en medio de los afanes del afligido provincial, ayudado de legos y sacristanes, cortando vendas y sábanas para fajar compresas de árnica, cuál pálido fantasma de la muerte surgió de entre las sombras del rincón un alto inglés, azorado y sin uniforme, preguntando con voz emocionada en mal castellano:

—¿Este ser oficial que quería cincharme?

—Este es mi sobrino—contestó el prior,—quien, al sacar las banderas que ustedes habían olvidado en la torre, se vino abajo.

—¡Oh!, ¡regular salto, treinta yardas!—calculó el excéntrico inglés, que no era otro que el mismo Pack, quien desde aquel momento constituyóse en su más asiduo enfermero, hasta que tuvo de nuevo que ser escondido en el camarín de la Virgen, pues que sus vencedores le buscaban como á pleito.

## V

Pero como al fin el pleito ese lo ganó el pueblo, y era el de que no quería cambiar de amo, aleccionado desde entonces cómo se defienden sus derechos, dió luego al traste con el amo viejo.

Incierto fué que se pusiera á talla la cabeza de Pack, según *compadritos* de pulpería lo *valaqueaban*.

Hasta los generales ingleses hicieron elogios de los negros y paisanos que, improvisando angarillas con los ponchos sobre sus fusiles cruzados, transportaban en brazos, con igual cariño que á sus compañeros, á todos los heridos, desplegando tanto fervor en actos de caridad como entusiasmo en la lucha momentos antes.

Por esto el comandante Pack envió desde Londres un precioso reloj, que obsequiaba á los padres betlemitas en nombre del regimiento número 71, agradecido al esmero con que habían cuidado á sus heridos; y el coronel Kington, personalmente atendido por Liniers, pidió que fuera sepultado su cuerpo en el patio del cuartel de Patricios, para dormir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los valientes que le habían vencido.

Entre los saltos y asaltos de tan memorable jornada, digno de recuerdo es también el que se vió obligado á dar el honrado vecino de ese barrio, señor Nevares.

Menos alto que el fusil que por vez primera empuñara, le salvó éste de un rompecrisma. Olvidado como centinela avanzado sobre una de las azoteas de la acera, frente á la vereda ancha, se tiró á la calle, incorporándose á los que se replegaban después de haber cumplido debidamente su consigna de observación.

Entonces todos éramos unos, y unidos se alzaron como un solo hombre arribeños y paraguayos; de la otra banda, nativos y connaturalizados, blancos, pardos y morenos y aun los indígenas, y hasta las piedras de las pocas calles que ya las tenían se levantaron para arrojarse sobre el extranjero.

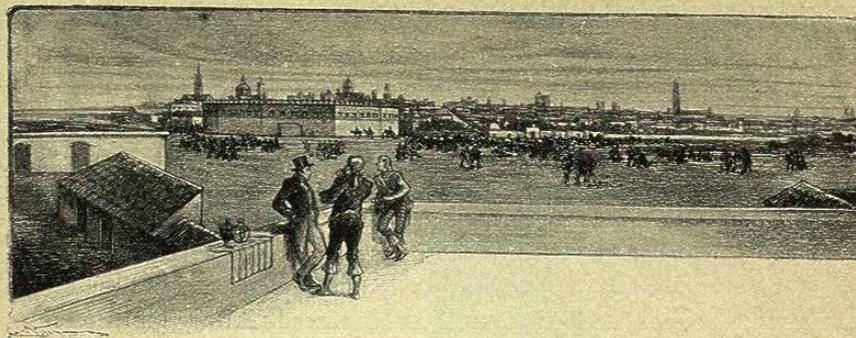
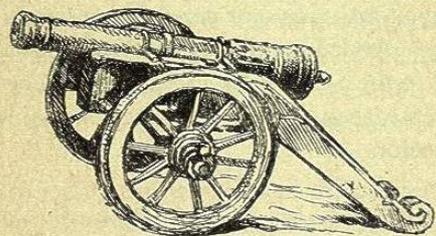
Si entre los cabildantes de aquel año, acompañando á D. Martín de Alzaga y á D. Esteban Villanueva, se distinguieron por su actividad y generosidad Pirán, Basualdo, Monasterio, Ituarte, Mansilla y otros vecinos, oficiales improvisados, obtuvieron mención en el parte por su heroico comportamiento, Castro, Rivas, Urien, del Sar, Diego Saavedra, Tobal, Irigoyen, Caviedes, etc.

Fué resultado del triunfo, no sólo el reembarco del gran ejército que traía ya los cuños de la medalla destinada á repartirse al día siguiente de obtenida la reconquista, sino también el desalojo de la plaza fuerte de Montevideo y su alejamiento del Río de la Plata para siempre.....

Pero sobre aquel triunfo de las armas se obtuvo otro de mayor valía.

Con las acciones heroicas de la defensa de esta ciudad aparecieron de relieve las más altas virtudes de su vecindario.

La abnegación, el patriotismo, el heroísmo, el sacrificio, la generosidad, sentimientos todos que inflaman los más nobles corazones, entretejieron con el laurel de la victoria la hermosa corona al pueblo que en aquellas jornadas memorables abriera los cimientos de una nueva y gloriosa nación.



## LA ÚLTIMA CORRIDA

### I

Mirándonos con desdén venía el penúltimo virrey, mandado como de encargo por la madre patria.

—Abra mucho el ojo, le había recomendado la Junta de Cádiz,—mire que allá por el Plata se pasan de listos, á más de ser francés el virrey de la Victoria que acaban de proclamar.

Pero muy poco era un ojo para abarcar tan vasta comarca, y si se agrega, que escaso de oído, sordo había dejado á Cisneros el cañón de Trafalgar, fácilmente se comprende no alcanzara los rumores de la que se estaba armando ni husmeara olor á chamusquina revolucionaria.

¿Qué extraño, pues, que el último representante de un rey cautivo no fuera recibido con grandes salvas y repiques, si á la buena índole de este pueblo debió únicamente no ser expulsado con música de cañón?

—Figúrense ustedes—recordaba un viejecito de antaño—qué poco virrey sería Cisneros, cuando ni toros hubo en su recepción.

Pero añejas costumbres no se cambian en un día. Tales raíces habían echado las corridas entre españoles de la Península y de América, que si el *XII de octubre*, día del Pilar, que saludaban en ésta como si fuera el primero de la primavera, colgando la pesada capa de paño de San Fernando y estrenando pantalones blancos, no se festejó con lidia; para San Martín ya estaba á punto de reventarse la hiel. No se pudo esperar más, y en aquel año de muchas otras lides fué la última de toros el 11 de noviembre (1809).